

Retrato de familia

Cristina Puga

That is the place, I thought, the country of childhood and first love that they go back in their sleep and which I have no memory of, though I was born there. Those flowers are the ones, precisely those, that blossom in they songs they sing... And immediately I was back in my mood of just a few minutes ago, when I had stood out there gazing at the stars. What is it, I asked myself, that I will remember and want to preserve when in years to come I think of the past? What will be important enough? For what the photographs had led me back to, once again, was myself. It was always the same. No matter how hard I tried to think my way out into other people's lives, into the world beyond me, the feelings I discovered were my own.

David Malouff, "Southern Skies", en *Antipodes*, Penguin, 1985.

Sobre el librero que era de mi abuelo hay una lamparita antigua de bronce que le regaló una antigua novia. Originalmente tenía una pantalla de ónix, pero los cristales se fueron quebrando y los sustituí por unos de color rosa pálido que dan una luz sedante y agradable. La abuela la tuvo mucho tiempo en la mesa de su recámara y se refería a ella como "la lamparita de María Blanco". Creo que ella nunca conoció siquiera a María Blanco y que recordar su nombre era una manera en que la abuela demostraba que no tenía celos sobre el pasado de su marido. Pero hubo una época en que los tuvo y muy serios: cuando el abuelo decidió enamorarse de la dueña de una tienda de ropa en la colonia Nápoles, la abuela dejó de comer y se puso tan delgada y abatida que mi madre pensó que se moriría de la tristeza.

La vida adquiere rumbos inesperados: en lugar de morirse, la abuela consiguió un trabajo en la Secretaría de Agricultura, del cual no dijo una palabra a su marido (para que no le redujera el gasto

semanal) e inició una deliciosa doble vida: en la mañana esperaba a que el abuelo, que era bastante parsimonioso en el vestir, estuviera listo para tomar su desayuno e irse a su trabajo en Nacional Financiera. Un rato después salía ella, muy elegante y perfumada, con sus tacones altos. Regresaba en la tarde, a eso de las seis, cargada de pan de dulce y libros policiacos que compraba en Zaplana. Cuando el abuelo regresaba ya muy noche, luego de sus aventuras amorosas, la encontraba profundamente dormida en su recamarita de muebles blancos. Así vivieron años y años.

Hoy me refiero a ellos como los abuelos: en realidad, siempre fueron Mamatita y Papabeto. Ése es el nombre en la lápida que mamá hizo colocar sobre su tumba. Hoy la fuimos a visitar. Está de-bajo de un árbol y nos sentamos en la sombra fresca. Veníamos del sepulcro de mamá que está en otra sección del panteón, junto a mi padre. Un jardinero se ocupa del lugar y ha plantado un rosal pequeño que está lleno de flores. Mamá cumplió hoy un año de muerte y, al reunirnos para recordarla, los hermanos hicimos conciencia de que estamos solos frente a las memorias de toda la familia: últimos depositarios de una historia que se desvanece y que tal vez valga la pena registrar a través de estas notas que serán solamente una parte, transformada por la percepción personal, de lo que realmente sucedió. Ayudan a la reconstrucción las cartas, las fotografías, los libros y los objetos que hemos ido recuperando en estos meses en que, poco a poco, hemos vaciado la vieja casa de Reyna, a la que volvemos una y otra vez como para despedirnos despacio de ese lugar en el que fuimos niños y jóvenes. Hace unas semanas, igual que el año pasado, cuando mamá estaba tan enferma, el piso del jardín se cubrió de las flores lilas de la jacaranda y, apenas hoy, corté un manojo grande de cedrón aromático y fresco y lo traje a mi cocina. Pienso sembrarlo con la esperanza de ofrecer una taza de té bienhechor a mis visitas, como lo hacía la abuela.

Mamá siempre se las arregló para tener a la abuela lo más cerca posible. La casa de San Ángel se escogió porque tenía una construc-

ción vieja en el fondo que había sido gallinero y que podía ser habilitada para que en ella vivieran sus papás. Además de eso, la compra era una oportunidad, porque el precio era muy bajo (setenta mil pesos de entonces) y porque Papabeto consiguió un crédito generoso en Nacional Financiera. Un año después de cambiarnos, los abuelos se mudaron a la casita de enfrente. Los nietos disfrutábamos del cariño de Mamatita y de las esporádicas apariciones del abuelo, que llegaba demasiado noche para saludarlo y que generalmente se levantaba muy tarde los fines de semana y se sentaba a escuchar la música clásica de la XELA en su radio Telefunken. Mamatita, en cambio, siempre estaba próxima: se levantaba antes que nadie y nos ayudaba a vestirnos para ir a la escuela (recuerdo como un exceso de consentimiento que nos ponía los calcetines mientras aún estábamos medio dormidos para que el despertar fuera menos brusco), contaba cuentos, hacía regalos, preparaba postre de tapioca y nos hacía preciosos vestidos a Beti y a mí. Durante el tiempo que trabajó compraba tantas cosas ricas que mi padre estableció una de esas frases que más tarde se quedarían como catecismo familiar: "Harto me tiene el pollo y aburrido el chocolate".

La abuela era la amiga incondicional de mis hermanos varones: la que escuchaba paciente las interminables narraciones de Raúl y la que le tapaba los oídos a Juan mientras él disparaba su pistola de chinampinas. Su casa pequeña y suavemente perfumada era una especie de refugio que cada uno de nosotros utilizaba cuando necesitaba un poco de soledad junto con algo de consentimiento. La abuela se aseguraba de que tuviera uno un sillón cómodo, una cama confortable, una lámpara que alumbrara el libro que leía o una toalla bien grande para salir de la regadera. Se había asignado la tarea de mantenernos a todos felices, incluso a mi padre, al que le soportaba los cambios de humor y le preparaba el huevo tibio todas las mañanas. Después, cuando todos nos fuimos de la casa, y mi padre y mi abuelo se murieron con solamente seis meses de diferencia, Mamatita se quedó nuevamente sola con su hija queridísima

y se responsabilizó del manejo de la casa y de la comida caliente a cualquier hora que alguien llegara con hambre.

Mamá era hija única. Mamatita había tenido dos niños que se murieron recién nacidos, y al nacer María Elena volcó en ella todo su amor de madre y también todos sus temores de perderla como a los otros. En contraste, probablemente para defenderla del excesivo cuidado materno, Papabeto trató a su hija como si fuera hombre: le enseñó a andar en bicicleta y se la llevaba a largas excursiones de las que regresaban los dos exhaustos. A los doce años mi madre está retratada siempre con pantalones y botas, en una época en que las niñas usaban vestidos. Se enorgullecía de su habilidad para patinar y de que durante su infancia siempre tuvo muchos amigos y pocas amigas.

En aquella época Papabeto era inspector de la Secretaría de Hacienda, lo cual los obligaba a viajar constantemente. Se alojaban generalmente en casas de huéspedes, y mamá iba a la escuela durante la temporada que estuvieran en cada ciudad. Vivieron en Tepic, Toluca, Hermosillo, Teziutlán, Villahermosa y Cuernavaca. Deshacían maletas, hacían algunos amigos entre los otros habitantes de la casa en que se hospedaban, paseaban por los alrededores y, cuando empezaban a aclimatarse, Papabeto era enviado a algún otro lado y una nueva experiencia comenzaba. A veces las visitaba Fernando, el primo díscolo y consentido al que mamá quería con afecto de hermana mayor. Entre unas ciudades y otras, regresaban a la ciudad de México, donde mamá iba a la escuela Benito Juárez en la colonia Roma. Antes, de muy chica, había estado una temporada en el Colegio Francés de la colonia Santa María, de donde la sacó indignada la abuela cuando se dio cuenta de que la niña identificaba La Marsellesa como su himno nacional.

En 1940 se trasladaron a Veracruz. Probablemente las responsabilidades del abuelo habían aumentado, porque en lugar de salir precipitadamente como en los lugares anteriores, esta vez permanecieron tres felices años en la ciudad: rentaron una casita frente al paso

del tranvía y tuvieron tiempo de hacer amistades y de incorporarse a la perezosa rutina del puerto, con sus paseos dominicales por el malecón y sus bailes populares en la plaza. Mamá se inscribió en la secundaria local, que entonces tenía fama de ser una de las mejores del país y, a pesar de la disciplina celosa del abuelo, fue princesa en el baile de carnaval y tuvo su primer novio. De él guardo una foto: la de un muchacho de dieciocho años, orgulloso en su impecable traje de lino blanco. Hace apenas unas semanas Elena, mi hija, se probó el vestido de organdí floreado que mamá usó en el desfile y que Mamatita guardó durante años en un cajón de su clóset.

Todas estas historias fueron parte de nuestra infancia. Lo mismo mientras jugábamos, que a la hora de la merienda o en las tardes en el jardín, oíamos la conversación sabrosa de las dos mujeres que revivían, una y otra vez, sus recuerdos y anécdotas. La salida de Tepic al amanecer para viajar en un desvencijado autobús a la playa de San Blas, donde pasaban el domingo; las hermosas y notablemente liberales muchachas de Hermosillo, el frío de Toluca y la comida exigua en la casa de las Leyva, donde se alojaban, la selva que crecía a apenas unos cuantos metros de la puerta de su casa en Villahermosa, ciudad desde la que había que encargar a México cosas tan cotidianas como agujas o espejos, que no había en ninguna tienda, y donde las casas tenían ganchos a la altura de la cabeza para “guindar” los muebles cuando llegaba la inundación.

Guardaban recuerdos especialmente gratos de Teziutlán y de la casa de huéspedes de los Barron, donde vivieron varios meses. Emilita, la dueña de la casa —que según creo era hermana de Vicente Lombardo Toledano, el impulsor del movimiento obrero organizado mexicano—, era una mujer extraordinariamente activa, que además de la atención a sus inquilinos se daba tiempo para preparar mermeladas con la fruta de su huerta. Don Juan Barron, que había nacido en Estados Unidos, presidía la mesa con un gato sobre su hombro que, de cuando en cuando, metía la pata en el plato de sopa. Mamá se hizo amiga del hijo o sobrino de ellos, Sammy, que tenía

un “mico de noche”, una especie de mangosta local que se comía los insectos y los acompañaba en sus excursiones a la barranca de niebla perfumada de pinos.

MAMÁ LUCHA

Beti dice que parte de nuestro feminismo recóndito lo absorbimos en aquellas largas sesiones de conversación con mi madre y mi abuela, en las que aparecía con mucha frecuencia la figura de la bisabuela, la Mamá Lucha de mi mamá. Mamá Lucha era una mujer inteligente y progresista que, en pleno porfiriato, se escapaba del marido y se iba a pasear en bicicleta con su amiga Manuela Camargo; que leía a Chateaubriand y que tenía una conversación aguda y humorística. Conservamos de ella algunas cartas, escritas a mi abuela durante sus últimos años, en las que se refiere con frases divertidas y citas bíblicas a amigos y miembros de la familia. Había sido muy pobre, casada en segundo matrimonio con un hombre guapo y calavera con el cual atravesó por los años difíciles de la Revolución. El primer marido, un español viejo, se había muerto de viruela.

Las enfermedades en aquella época eran terribles y había pocas alternativas. Mamá Lucha recordaba que le había dado viruela de niña y que su mamá la bañaba en leche para que no fuera a quedar cacariza. En algún momento también le dio tifo y la raparon para que soportara la altísima fiebre. Ya casada y madre, su hijo pequeño se cayó de una escalera y se lastimó la columna vertebral. Seguramente no tenían recursos para una operación que debía ser difícil y costosa, y mi tío Chavito quedó afectado de mal de Pott, como se llama a esa desviación de la espina dorsal. Era un hombre rubio, y pequeño de estatura por su enfermedad. Solterón, llegaba a cenar a nuestra casa de improviso y se quedaba hasta tarde platicando sin apuro. Hablaba con voz fuerte y contaba historias divertidas sobre la vieja ciudad de México. Era pronazi más por llevar la contraria que por convicción

verdadera, y en un alarde de inconveniencia política, clamaba que la solución para el país era que se murieran todos los indios.

Hay una preciosa fotografía en la que Lucha, muy delgada y fina (y sin ninguna señal de viruela en el rostro), está con su padre, un viejo de bella presencia pero que, como muchos de aquella época, era extraordinariamente severo. A la muerte de la esposa, se había llevado a Lucha y a Esther, la hermana chica, a la hacienda cercana a Tequisquiapan que él administraba, mientras que a otras dos hijas las metió al convento y a sus hijos los encerró en un seminario. Salvador, más audaz, o un poco mayor que los demás hermanos, se escapó y se hizo marino. Mi mamá, que todavía lo conoció, decía que era muy divertido y hablaba varios idiomas. Esther, la hermana, se casó con un muchacho con nombre de personaje de novela: Amador Campomanes, y tenía fama de bien parecido. Aparentemente aprovechó su nombre y su atractivo, pues más tarde se hizo rico vendiendo seguros a los hacendados del Estado de México. Mamatita contaba que tenían un hotel en lo que hoy es 16 de Septiembre, y se acordaba de la ancha escalera de mármol para subir al piso de arriba.

El tatarabuelo se llamaba Teófilo Dorantes y administraba la hacienda conocida como El Charcón, que estaba en Tierra Caliente, en Querétaro, de la cual tuvo que salir precipitadamente en la época en que los zapatistas invadieron la zona. Mucho antes de eso, llegó a la hacienda Marcos, el Español, el primer marido de Mamá Lucha, que era bastante mayor que ella y que le dio a la muchacha la oportunidad de escapar de una vida monótona y sometida, dedicada a cuidar al padre, a hacerle la comida, a coserle la ropa. Marcos era un comerciante muy hábil que recogía las cosechas de las haciendas de la zona para venderlas en México y que, después de robarse a Lucha, se contrató como administrador de una tienda de abarrotes en la ciudad de México. Mi hijo Gabriel, que de repente entrevistaba a sus abuelas y tomaba notas que me han servido para reconstruir esta historia, tiene consignado que en la tienda se vendía vino y llegaban grandes costales de garbanzos, arroz y frijoles.

“Empleaban a muchos españoles y a unos cuantos mexicanos. Los españolitos lloraban en las bodegas. Eran niños muertos de hambre enviados desde España, que vivía entonces una crisis enorme, y Mamá Lucha los consolaba en las escaleras.”

Mamatita y sus hermanos fueron hijos del segundo matrimonio de Lucha, y su infancia transcurrió en la zona de Peralvillo. Iban a una escuela pública que, según recordaba la abuela, proporcionaba a los niños los cuadernos y los lápices al entrar a clases, y enfrentaban las vicisitudes de una familia de escasos recursos. Durante la Revolución, cuando Zapata puso sitio a la ciudad de Mé-xico, sus habitantes vivieron lo que luego llamaron “el año del hambre”. No había productos agrícolas y el grano faltaba. Los vecinos y los familiares se organizaron para adquirir alimentos y hacerlos rendir cocinándolos colectivamente. Mi abuela se acordaba de que se habían ido con sus papás a la casa de un pariente en una vecindad de Tacuba, en la que, en medio del patio, hacían el fuego y colocaban una gran olla. Recordaba la escasez y la preocupación de su madre, pero a ella que jugaba con los primos y vecinos, aquella etapa de cooperación y dificultades compartidas le pareció una de las épocas más divertidas de su infancia. También contaba que fue a ver a los zapatistas cuando entraron a la ciudad de México. Eran, decía, “flacos y palúdicos”. Recordaba que, con su papá, pasó frente a una casa elegante en la calle de Londres, donde los zapatistas habían encendido una fogata en el piso de már-mol y calentaban tortillas. Una impresión más agradable guardaba de la llegada a la ciudad de Álvaro Obregón, que despertaba el entusiasmo de las muchachas con sus ojos verdes y su manga vacía.

De entre los recuerdos fragmentados de la abuela, uno encendía mi imaginación porque hablaba de una ciudad que desapareció casi de la noche a la mañana: contaba que cuando eran jovencitas, un tío —probablemente Amador Campomanes, que era el acomodado de la familia— los organizaba a todos para irse de día de campo.

Se iban en coche hasta algún punto en el oriente de la ciudad, que entonces no llegaba más allá de la colonia Roma, y se embarcaban para irse en lanchón por los canales sombreados de ahuehuetes hasta la calzada de La Viga, donde se detenían a comer y a pasar la tarde antes de regresar a la ciudad de México, entonces todavía rodeada de caminos de agua.

Algunos parientes deben de haber quedado en Querétaro, porque la abuela hizo al menos dos visitas a San Juan del Río. De una se acordaba que la había llevado su papá siendo muy pequeña, y que al bajar del carro en que viajaban le habían servido chocolate caliente. La otra visita fue cuando la abuela, que en aquella época se llamaba Piedad (luego se cambió el nombre a Laura, que le gustaba más), tenía unos quince o dieciséis años. La Revolución había terminado y a unos cuantos kilómetros se había aprobado la nueva Constitución, pero en los alrededores de San Juan la vida provinciana tenía aún sabor a porfiriato. Hay apuntes de mi madre que registran algunos de los recuerdos de la abuela sobre las haciendas de la zona: La Guitarrilla, en la que se cultivaban nardos y fresas, propiedad de un tal Foro Nieto, que vivía en San Juan, casado con una aristócrata de Querétaro; Tequisquiapan, que criaba toros de lidia; El Barreno, de Joaquín de Olloqui, donde había aguacates; y La Llave, que tenía un lago con lanchas y hermosos jardines. Sin duda la más grande e importante era Galindo, en la que aún en aquella época se celebraban corridas de toros y donde mi abuela está retratada vestida de manola. A unos cuantos kilómetros al poniente quedaba Amialco, un pueblo que seguramente era de menor categoría que San Juan, porque a la abuela se le quedó la costumbre de utilizarlo como adjetivo para referirse a algo feo o de mala calidad: "Te voy a arreglar ese vestido, porque parece de Amialco", "Esta sopa tan desabrida parece de Amialco".

De chicos, con frecuencia íbamos de vacaciones a Tequisquiapan. Nos hospedábamos en El Relox, que tenía cuartos sobrios y comida casera, y donde podíamos bañarnos de noche en las albercas priva-

das, con agua de manantial, en las que se había bañado Venustiano Carranza. Mamatita nos acompañaba y, de regreso, era obligatorio pasar por San Juan del Río. Tocábamos en un portón negro que los adultos identificaban tras algunas vueltas, y ahí comprábamos un queso delicioso que luego nos comíamos en pequeñas rebanadas y que duraba varias semanas en el refrigerador. Ahora pienso que el viaje a San Juan, el queso fresco, eran una forma en que Mamatita recuperaba no solamente aquella tempo-rada queretana, sino también los años de juventud de su madre. Hay una especie de necesidad vital de reintegrar la cadena genealógica para encontrar respuestas e indicaciones en el camino. De igual manera, estas notas tienen, además de una intención biográfica que pueda más tarde ser de interés para mis hijos, un propósito más personal: de desahogo y de reintegración de mi propia personalidad, de búsqueda de nuevos significados en un momento de desconcierto.

MAMÁ TITA

Entre los papeles que intento en vano ordenar y clasificar hay una carta de mi abuelo de 1942: se había adelantado a la ciudad de México, mientras mamá terminaba sus clases en Veracruz, y se enfrentaba él a la ardua tarea de conseguir una casa: su sueldo era pequeño y la ciudad empezaba a crecer desordenadamente. Había encontrado una casita nueva y cercana al tranvía, cuyo único defecto era estar demasiado cerca de la fábrica de cemento. La escuela secundaria no estaría lejos, y mamá podría concluir el tercer año.

Recuerdo en todos sus detalles la casita de San Pedro de los Pinos, donde mamá vivió hasta casarse (apenas cinco años después de haber regresado) y a la que Mamatita me invitaba a pasar la noche cuando era yo muy pequeña. Me daba de merendar en su comedor laqueado de naranja y negro —un horror decorativo de la época— y luego me preparaba la cama en la sala. Puedo aún

sentir la tela áspera del sofá en que me dormía con una colchoneta gruesa, mientras ella me ponía en el tocadiscos a Edith Piaf y la Plus que lente de Debussy. Desde entonces me enamoré del librero del abuelo: un mueble de encino con un escritorio abatible y puertas de cristal donde guardaba las Lecturas escogidas para niños compiladas por Vasconcelos e ilustradas por Montenegro. Había sido fabricado a comienzos del siglo y el abuelo lo mantenía en perfecto estado. Fue de Juan algún tiempo y finalmente llegó a mi casa. En las noches calladas la madera de encino rechina y yo tengo la impresión de que el abuelo se asoma para asegurarse de que las cosas marchan bien.

Algo que recuerdo bien de la casa de Mamatita en San Pedro de los Pinos es la duela de madera que daba origen a un oficio que desapareció con la implantación del mosaico y las alfombras: el encerador. Recuerdo que siempre, en algún lugar de la casa, estaba don Daniel con sus fibras de alambre suave raspando alguna parte del piso para después engrasar suavemente con la cera Johnson y frotar hasta que la madera quedaba brillante.

Otro visitante de la casa de Mamatita era Salvador Urigüen, hijo de Pupo Alfaro, una amiga de Mamá Lucha que había tenido una buena posición económica. Salvador era hidrocefálico y tenía seguramente un grado de parálisis cerebral porque hablaba y se desplazaba con mucha dificultad. Yo le tenía un horror culpable, porque me daba cuenta de que era un hombre bueno al que mi familia estimaba, pero mi sensibilidad infantil no soportaba su gran cabeza y sus frases entrecortadas. Salvador tenía una ferretería en el centro y él consiguió los calentadores Coleman de petróleo que durante años calentaron la casa de San Ángel. Cuando Pupo Alfaro murió, ya muy vieja, Salvador puso en venta todos sus muebles y mamá adquirió entonces la preciosa lámpara alemana que colgó durante años encima de la mesa del comedor, el reloj antiguo de pared y algunas mesitas y aparadores que me he traído a la casa de Tepepan, que recibe de ellos un aire ligeramente decimonónico.

Mamatita era una mujer con un instinto innato para la cultura.

Pese a la pobreza de su familia, heredó de su madre el gusto por los libros y el valor frente a la adversidad. Era una concedora del alma humana y una lectora ávida y refinada: ella me introdujo a la lectura de Somerset Maugham, Louis Bromfield, Nevil Shute y los humoristas húngaros. Su debilidad eran las historias de detectives, y aquellas visitas a su casa, primero en San Pedro de los Pinos y luego del otro lado del jardín, eran la oportunidad para dejarse atrapar por las páginas de Ágata Christie, de Ellery Queen, de Raymond Chandler y de toda la colección del Séptimo Círculo. Fue hasta mucho después cuando empecé a saborear al que era su investigador favorito: el inspector Maigret de Simenon. En sus últimos años Mamatita descubrió con placer la ciencia ficción, a Howard Fast y a Marguerite Yourcenar, quienes le proporcionaron nuevos motivos de erudición: la cultura china, la historia bíblica, el imperio romano y los viajes espaciales. Disfrutaba especialmente a Ray Bradbury de quien tenía todos sus libros.

Mientras tuvo ingresos propios, adquirió una buena colección de discos clásicos —aquellos de Ángel, con pastas doradas, que alternaba con la música de zarzuelas y las canciones francesas—. Ya más vieja, seguramente porque oía mal y le molestaba el ruido, dejó de oír música, pero hasta el final ejerció su aguda inteligencia. Lo mismo recomendaba libros y opinaba sobre mitología griega que proponía a nuestras amigas que cambiaran de novio y aconsejaba al empleado de la tienda que se volviera a dejar la barba porque se veía muy bien con ella. Siempre había alguna muchacha del servicio a la que le estaba enseñando a leer con la ayuda de un pequeño block de taquigrafía y un lápiz con mala punta.

Probablemente sus años en la oficina de prensa de la Secretaría de Agricultura fueron los mejores en la vida de mi abuela. Le dieron una oportunidad de conocer gente interesante, de participar en la vida política del país y de ejercitar su talento como conversadora. Los periodistas la conocían como Laurita y la llenaban de atenciones. Se hizo de una amiga que trabajaba en otra oficina del centro y todos

Los viernes las dos se iban al teatro o al cine. Por aquella época el Seguro Social impulsó la actividad teatral y una enorme cantidad de buenas obras de autores mexicanos y extranjeros fueron puestas en escena: Mamatita guardó durante años, en un cajón del comedor, cientos de programas de teatro que a nosotros nos divertía revisar: Edipo rey, Un tranvía llamado deseo, El caso de la mujer asesinadita, El gesticulador, son algunas de las piezas que recuerdo entre las muchísimas a las que asistieron las dos amigas. Las fotos de la época muestran a una abuela cuarentona y muy guapa, con el pelo rizado y los ojos brillantes, como si estuviera enamorada. Creo que lo estaba: de su trabajo, de su vida interesante y plena de experiencias, de su situación de abuela rejuvenecida.

Los sábados nos invitaba al cine. Mamá se quedaba en casa con mis hermanos y nosotras nos íbamos en taxi a cualquiera de las salas de cine del centro y regresábamos temprano, después de alguna película de Audrey Hepburn o Doris Day. Cuando se puso de moda el rock en español y nosotras solamente pensábamos en Enrique Guzmán y César Costa, la abuela, en un acto de solidaridad y arrojo, nos llevó a Beti y a mí a ver a los Rebeldes del Rock al teatro Iris, que tenía una función de revista a las seis de la tarde. Aunque el espectáculo era temprano y supuestamente familiar, recuerdo que los sketches cómicos eran bastante subidos de color y que la abuela con una sonrisa tolerante, mantenía la calma en medio de un público en el que predominaban los matrimonios de edad y donde seguramente una mujer sola con dos muchachas adolescentes resultaba algo fuera de lo común.

Los colaboradores de don Gilberto Flores Muñoz estaban convencidos de que el secretario sería el siguiente presidente de la República. Cuando Ruiz Cortines se inclinó por López Mateos, la oficina de prensa de la Secretaría de Agricultura declinó. Al final del sexenio la abuela se quedó sin trabajo, y después de algún tiempo empezó a colaborar en una oficina de publicidad con Álvaro González Mariscal, que había sido su jefe inmediato en el periodo

anterior. Luego, cuando al cabo de algunos años también ese trabajo se acabó, coincidentemente con la jubilación del abuelo, Mamatita regresó a la vida hogareña, en la que gradualmente se hizo cargo de muchas tareas que nos hacían a todos la vida agradable. Para entonces mi madre ya trabajaba fuera de casa varios días a la semana, así que Mamatita estableció su base de operaciones en la cocina. Además de asegurarnos los frijoles de olla, las natillas, el pastel de naranja y unas sopas elaboradas con imaginación y abundancia, que mi papá calificaba de “superalimentos Tita”, la abuela se asignó la tarea de alimentar a una cantidad extraordinaria de pájaros que se convirtieron en clientes permanentes de nuestra casa. Hasta sus últimos años, era la primera en levantarse por las mañanas para subir despacito la escalera de caracol y saludar a los gorriones, zanates y primaverales que descendían sobre la azotea a esperar su ración de alpiste y pan de huevo.

ANITA

Anita era la hermana menor de Mamatita y, durante muchos años, la única tía que conocimos. Mi mamá no tenía hermanos, y las hermanas de mi papá vivían lejos y nos hacían poco caso. Anita, en cambio, siempre estaba cerca. Llamaba por teléfono cuando estabas enferma para ver si ya te sentías mejor, era la primera en felicitarte el día del cumpleaños y una apasionada usuaria del teléfono; también llamaba para avisar que Elizabeth Taylor acababa de ser operada nuevamente o que se había muerto Clark Gable. Empleada del Instituto Mexicano del Seguro Social durante muchos años, descubrió su vocación cuando escribió una novelita de amor que le publicaron en forma de historieta. Después de esa siguieron una serie de tórridos romances cuyos protagonistas tenían los nombres de toda la familia y la tuvieron ocupada muchos años.

Ligeramente excéntrica y obstinada, Anita vestía pantalones

pescadores y chaleco que muy pocas mujeres usaban por entonces. Fumaba y hablaba mal de todo el mundo. Era desenfadada, divertida y, al mismo tiempo, exasperante. Debe haber tenido una tendencia enfermiza a sobredimensionar los problemas, porque tengo la sensación de que siempre había algo que no se le podía decir a Anita para que no se convirtiera en una dificultad mayor.

Anita era la mamá de Fernando, el primo querido de mi madre, pero también de Alejandro, hijo tardío que se convirtió a su vez en nuestro primo, aunque realmente éramos sus sobrinos. Esperábamos con ansia las visitas de la tía porque traería con ella a quien entonces conocíamos por Fu, abreviatura de Fu-man-chú, que había recibido por sus ojos rasgados, como chinito, cuando bebé. Fu era unos cuantos años mayor que nosotros: un primote tosco, turbulento y adorado por todos los chicos que soportábamos los revolcones, las trampas en los juegos y hasta los ratos de indiferencia con los que Fu nos obsequiaba durante sus visitas. En algún momento, mi madre, cansada de las guerras de osos y de nuestros chillidos histéricos, nos sentaba frente a la televisión con un vaso de chocolate helado y muchos sándwiches para cada uno. Era la época de Rintintín, El teatro fantástico de Enrique Alonso y Disneylandia, programas televisivos que definen a una generación.

Anita estuvo casada dos veces, con dos Pacos. El primero fue Francisco Patiño, fundador de la Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado, un hombre de los Altos de Jalisco, sumamente bien parecido, que por diversas circunstancias, muchos años después de haberse divorciado de Anita, convaleció en nuestra casa cuando le fue diagnosticado un cáncer incurable que, por alguna razón misteriosa, se le "encapsuló", según el dictamen médico, y le dejó vivir cerca de diez años más. Mamá atribuía aquella recuperación misteriosa a un jugo de manzanas verdes de nuestro árbol con el que ella lo alimentó durante varias semanas. ¡Cómo deseamos que el árbol siguiera dando frutos cuando mamá se enfermó y tuvimos que recurrir a las manzanas del mercado para preparar

un jugo que aliviaba su sed, pero que fue ineficaz para revertir su agresiva enfermedad!

El otro Paco era policía bancario y un hombre lleno de serenidad y sabiduría. Pintor aficionado, hacía yoga los domingos en Chapultepec y pasaba largas horas en los mercados de viejo, donde conseguía tacitas, lámparas y platonos que, con frecuencia, le regalaba a mamá, en una especie de trueque afectuoso, porque ella le reservaba invariablemente una botella de whisky o de cognac para Navidad. Cuidaba los permanentes achaques de Anita con humor y afecto y fue un padrastro tolerante y simpático para Alejandro. Vivían en una casita de la Unidad Independencia, que en sus comienzos fue una unidad modelo, de las primeras construidas para trabajadores con un diseño urbanístico imaginativo y gene-roso en espacio y paisaje. Con ellos vivía el tío Chavo y Justina, una vieja criada tarasca que adoraba a Alejandro y que nos recibía con grandes exclamaciones de júbilo cuando íbamos de visita. No se me olvida que, en algún momento, Justina, preocupada por mi falta de novio, me regaló un chupamirto: un colibrí disecado y colocado en un palo del que colgaban listones de colores. Sus ins-trucciones fueron precisas: yo debía envolver el chupamirto, guardarlo en mi clóset y esperar a que operara el efecto mágico que me procuraría un novio guapo y posiblemente rico. Divertida, se-guí la receta y me olvidé por completo del embrujo hasta que, un par de años después, Beti buscó algo en mi clóset y encontró, con horror, al pájaro disecado. Debo decir que ya para entonces me había asegurado varios novios, aunque el próspero candidato a marido seguía brillando por su ausencia.

PAPABETO

Mamá Tita fue una muchacha muy bella. Su rostro, de ojos grandes y boca pequeña, recuerda a las artistas de los años veinte. No de-be haberle costado trabajo conquistar a uno de los solteros más codiciados

de su época: mi abuelo, que era un joven funcionario de Relaciones Exteriores, recién desembarcado de Río de Janeiro, adonde había ido a ocuparse del pabellón mexicano en la Feria Mundial de 1922. El viaje a Brasil fue la gran aventura de su vida. Cuidadosamente conservadas, junto con papel de la línea marítima y de los hoteles brasileños, hemos encontrado las fotografías de la travesía desde Nueva York a Río, donde el grupo mexicano, bien vestido con gabardinas y gorras de viaje, desafía el viento del océano Atlántico. Hay otras en que varios de ellos, con anticuados trajes de baño, nadan en una piscina de lona instalada en la cubierta del barco. Además del viaje, de la estancia larga en una ciudad tan fascinante como Río de Janeiro, y de la responsabilidad asumida, el abuelo tuvo la experiencia de alternar con gente muy notable de la época, que viajaron a la exposición. Montenegro y Fernández Ledesma, que entonces eran artistas jóvenes, le hicieron sendos retratos a lápiz y, en su momento, atendió a Vasconcelos, quien acudió a la exposición en su calidad de secretario de Educación al frente de la delegación oficial mexicana, experiencia de la que el propio Vasconcelos da cuenta con su bella prosa en sus Notas de viaje.

Papabeto era moreno y tenía unos ojos alargados y de color verde muy claro. Mamá Lucha, que no lo quería, decía que eran ojos “horrorosos”, y llamó siempre a su yerno por el apellido: “Dile a Espinosa que ya está la comida”, decía. En contraste, Espinosa era la adoración de su propia madre, quien se refería a él co-mo Lambertito y nunca quiso a mi abuela, quien seguramente le parecía muy poca cosa para un hombre tan sofisticado y prometedor como su hijo.

La bisabuela se llamaba Clementina y era una mujer fea y corpulenta que encontraba su mayor gozo en la comida y en el sometimiento de quienes la rodeaban, incluido su marido, un hombre pequeñito y atildado, cuyo mayor placer era cambiarse de casa. Decían de don Juan que en el momento en que colgaba el último cuadro en la pared de su nueva casa, se ponía el sombrero y se sa-lía a buscar otra. Era una época en que la vivienda abundaba y las mudanzas se

realizaban sin muchas dificultades. A don Juan lo había atropellado un tranvía y guardaba, como recuerdo del accidente, una placa de acero en el cráneo. Tuvieron tres hijos: David, Lamberto y Chucho. David se casó con Emilia, una cuñada difícil y con la que mi abuela no se llevaba bien. De sus tres hijos, nosotros solamente conocimos bien a Emilio, quien siempre quiso a Papabeto y mantuvo con él una relación afectuosa y constante de sobrino fiel. Después de la muerte de Papabeto, Emilio y su esposa Teresita siguieron visitándonos de cuando en cuando. Emilio tenía un negocio de perfiles de aluminio y fue el responsable de equipar con ventanas a toda la familia. El otro hermano del abuelo, Chucho, desapareció durante la Decena Trágica, cuando tenía trece o catorce años. Atrapado por los tiroteos en la calle, aquel febrero de 1913, el hijo chico nunca volvió a casa. Aunque tenía la certidumbre de que había muerto, Clementina lo siguió buscando muchos años, cada vez que salía a la calle.

Clementina era bisnieta de Páez, el dictador venezolano. Su abuelo, hijo de Páez, se había venido a México durante una de las pérdidas de poder del viejo político y solamente regresó a Venezuela para recoger la herencia del padre después de su muerte. La familia contaba que el abuelo de Clementina había llegado de vuelta a San Luis Potosí, donde radicaba la familia, con un enorme cofre repleto de monedas de oro que dilapidó en poco tiempo. O a lo mejor no era su abuelo sino su padre. Páez volvió al poder en Venezuela después de 1860, y Clementina debió de haber nacido hacia 1875, así que pudo haber sido aún más cercana al dictador de lo que pensamos.

De ella heredó Papabeto un carácter retraído y hermético y una moralidad severa que contrastaba con su agudo sentido del humor y su talante para la aventura. De hecho, Papabeto era un hombre lleno de contradicciones. Una que aún me sorprende es que, aunque era un creyente fervoroso en las instituciones y principalmente en el gobierno, al que sirvió fielmente durante décadas, nunca oficializó su matrimonio. Cuando el abuelo se murió y hubo que tramitar la pensión de Mamatita, descubrimos que solamente existía el acta

del matrimonio religioso: se habían casado durante el callismo y, por rebeldía, Papabeto rechazó el matrimonio civil y prefirió la probablemente subrepticia ceremonia en la iglesia. También es posible que la oposición de su madre lo hubiera inclinado a evitar la formalidad del matrimonio civil: Mamatita siempre se negó a dar mayores detalles sobre el asunto y arregló su pensión con el acta obtenida en los archivos de la Catedral.

La felicidad del abuelo eran las herramientas. Si tenía que colocar un taquete para colgar un retrato, ello le daba pretexto para comprar una nueva fresa para el taladro, un nivel y tornillos de varios tamaños. Todo lo guardaba, perfectamente clasificado y ordenado: cordeles de diversas medidas, alambres, contactos, clavos, rondanas, pinzas y desarmadores. Tenía herramientas caras y sofisticadas. Hace unos meses, cuando debimos vaciar la casa, la tarea más ardua fue la de sacar la infinidad de objetos que aún quedaban dentro del armario de su taller y que mamá nunca se decidió a repartir.

En general, Papabeto era un comprador compulsivo y un abuelo generoso. A Raúl mi hermano, que era el nieto menor y el único que convivió con el abuelo desde su primera infancia, lo atiborraba de preciosos juguetes alemanes que compraba en una tienda del centro. Cajitas de música, automóviles a escala, payasitos de cuerda que hacían piruetas, casitas para armar. Recuerdo en particular una señora erizo, con su delantal que ocultaba una barriga suavemente peluda y a la que la abuela llamaba Sarita, porque se parecía a alguna pariente suya. Sarita nos acompañó durante años a excursiones y paseos, al igual que, más tarde, un gato de peluche negro que se llamaba Félix, y un perrito que tenía dentro una caja de música con un vals y que, por razones obvias, había sido bautizado como Brahms. Félix y Brahms fueron durante años los compañeros inseparables de Raúl que, con tres hermanos mayores y bastante indiferentes, prefería conversar con sus amigos de peluche.

El proveedor de la diversión infantil era el abuelo. De navidad nos regalaba raquetas de badminton o balones de volibol. Cuando

Juan se interesó por el béisbol, Papabeto compró manoplas de todos tamaños y pelotas profesionales con las que nos íbamos a jugar a las faldas del Ajusco. Después descubrió una tienda en la calle de López con ropa para niñas, lo cual nos valió a Beti y a mí una larga serie de vestidos y calcetines finos que se prolongaron hasta nuestras primeras fiestas de adolescentes. Papabeto entregaba aquellos regalos con gesto serio y ademanes parsimoniosos, y después no nos permitía más que un agradecimiento moderado.

Cuando se jubiló, después de muchos años de trabajar en Nacional Financiera, el abuelo enfermó de herpes, que se le extendió como un latigazo de dolor por toda la espalda. El restablecimiento fue penoso y dio lugar a una nueva práctica: Papabeto decidió que la ropa mal lavada agudizaba su padecimiento, por lo que él mismo se haría cargo de la tarea. Instaló su lavadora en el taller en el que realizaba sus trabajos de carpintería y destinó los sábados a la “colada”, actividad que nos causaba a los nietos un especial regocijo al ver al abuelo escurrir en los rodillos del viejo aparato sus camisetas immaculadas que después tendía en mecates perfectamente alineados.

Con la jubilación también vino el Renault, que fue su amor más grande. Era un cochecito amarillo que Papabeto mantenía en un estado de perfecta limpieza. El motor estaba tan cuidado que cuando lo llevaba a revisión al taller de la Renault, todos los mecánicos acudían a admirarlo. Con el tiempo lo cambió por un modelo más reciente, pero no se animó a deshacerse de él y lo cedió a su novia de las tardes, pero eso no lo supimos sino años después.

Durante mucho tiempo, la novia del abuelo fue una personalidad difusa, tolerada por mi abuela y por mi madre, y apenas sospechada por los nietos, que nos preguntábamos por qué el abuelo llegaba tan noche y quién lo acompañaba en sus excursiones a To-luca o a Puebla, de donde regresaba con chorizo verde y limones rellenos de coco. Luego, de pronto, el abuelo empezó a hacer cosas extrañas: mandó instalar un clóset en el cuarto desocupado de atrás y lo cerró con unas cortinas pesadas. Trajo muchas cajas y paquetes

y, después, el Renault amarillo que, dijo, había tenido guardado en una bodega. Mamá y yo descubrimos el misterio cuando nos dimos cuenta de que se había comprado varios pares de calcetines negros que usaba sin falla y lavaba en su lavadora. Concluimos que la novia había muerto y él, incapacitado de comunicarlo a nadie, guardaba silenciosamente el luto. Sin mayores explicaciones, el abuelo estableció una nueva rutina que, como la anterior, fue aceptada sin reclamo por la abuela, que se acostumbró a la presencia de su marido por las tardes y volvió a servir co-midas y meriendas. Cuando Papá Beto murió, encontramos en su clóset los papeles del entierro de la novia, sus anillos y pulseras, y algunos otros, muy pocos, objetos personales. Mi mamá se acostumbró a referirse a ella como “la dama de la fosa”, en referencia a su título de propiedad en el panteón, y yo todavía tengo un par de anillos que me recuerdan ese romance singular y patético. Mamatita guardó siempre un discreto silencio sobre el asunto, no desprovisto de humor, y siguió, como si nada, preparando la tortilla de huevos con perejil que el abuelo se desayunaba religiosamente cada mañana.

PAPÁ

Entre los abuelos y mi padre hubo una relación ejemplar. Él aceptó sin vacilaciones la presencia de los suegros en la casita de atrás, el préstamo del abuelo para el terreno y la influencia discreta, pero penetrante, de la abuela en la vida de todos nosotros. A cambio de eso mereció un trato respetuoso de su suegro, que toda la vida se dirigió a él como “patrón” y que nunca le disputó la autoridad familiar. Mi padre irradiaba un suave poder que lo convertía en señor indiscutible de la casa y, en el trabajo, en el jefe respetado y admirado.

Como más recuerdo a mi padre es pintando a la acuarela, ocupación que seguramente le causaba más placer que ninguna otra. Se sentaba con el block entre las piernas, mientras mordía un lápiz y

mojaba el pincel en un vaso de agua junto a la silla. A veces copiaba alguna esquina del jardín, un árbol florecido; generalmente lo que hacía era una segunda versión de los apuntes realizados durante sus viajes: el mar en Ixtapa o en Veracruz, el estero en San Blas, la Tzararacua en Uruapan. Preciosos trabajos que han quedado en las paredes de nuestras casas, porque nunca quiso hacer una exposición: él pintaba para sí mismo y no para los demás, aunque le daba gran satisfacción que nos gustaran sus obras, en las que se percibe además del dominio de la técnica y del color, una sensibilidad poderosa que le hacía descubrir la belleza profunda de la naturaleza. Nunca fue muy bueno para los retratos ni para la pintura al óleo, pero sus paisajes a la acuarela tienen el sello de un verdadero artista.

Papá se hizo periodista sobre la marcha. Estudiante reventado del bachillerato, desconfiaba por principio de los títulos académicos —pese a lo cual impulsó a todos sus hijos hacia las carreras universitarias— y aprendió en los talleres de redacción el trabajo de reportero y, sobre todo, el formato de planas, trabajo en el que se sabía excepcionalmente capaz: escuadra en mano, repartía columnas y ajustaba cabezas y cuadratinas con extraordinaria precisión. Formador: oficio que hoy ha sido remplazado por la pantalla de la computadora y que en aquella época le sirvió para avanzar por el mundo de las revistas y los periódicos. Mamá lo conoció cuando era jefe de redacción de *Nosotros*, revista que dirigía Alfredo Kawage —quien más tarde publicó un periódico amarillista y popular que se llamó *Zócalo*—. Con Roberto Acevedo fundó el *Fígaro*, periódico dominical de deportes y entretenimiento que se caracterizaba por estar impreso en color morado y en el que papá se encargaba de las columnas de box, de toros y de entrevistas. Como jefe de redacción del periodiquito usaba su propio nombre: Raúl E. Puga (la E era por Ernesto, un hermano suyo que murió muy pequeño), para las entrevistas era David Gris, para los toros Juan Galán y cuando escribía sobre boxeo era *Fígaro Kid*.

La diversidad de nombres no era tan sólo un recurso periodístico

sino una manifestación de su personalidad multifacética y contradictoria. Gran aficionado al boxeo, gozaba con las noches en la arena Coliseo y nos hacía repetir los nombres de los campeones de cada peso. De repente, por cualquier motivo, vienen a mi mente aquellos personajes aprendidos en la infancia: Sugar Ray Robinson, Floyd Patterson, Joe Berra. Era amigo de el Ratón Macías y el Pajarito Moreno y, en algún momento, escribió una pequeña novelita bastante mala sobre la vida del ring a la que tituló Ángel campeón y que publicó por entregas en el Diario de la Tarde. Los domingos por la tarde eran de toros. Dejó de asistir cuando tuvimos televisión y pudo ver las transmisiones de las corridas narradas por Paco Malgesto y Pepe Alameda, pero a mí por lo menos me llevó una vez a ver a Joselito Huerta a la Plaza México. Nos sentamos en barrera de sombra y Juan Galán se dio el lujo de encender un puro durante la corrida.

El escritor refinado, el conocedor de historia y literatura, el entrevistador agudo era David Gris. Con ese nombre fundó una agencia de prensa que nunca funcionó, pero de la cual quedaron las hojas membretadas que nos servían para dejar recados y escribir cartas. David Gris era el autor de los "Vuelamáquinas", apuntes brevísimos sobre muy diversos temas en los que ponía de manifiesto su amplia cultura y su humorismo suave, que publicó primero en el Magazine de Novedades, que dirigió durante varios años, y luego en el Diario de la Tarde, que fue su creación y su casa hasta el día de su muerte. Como director del Magazine, como jefe de redacción del Novedades, como director del Diario de la Tarde, papá era el señor Puga. Así lo conocían sus colaboradores y así se dirigían siempre a él. Cada año, en los aniversarios del diario, después de varios brindis, autorizaba a todos sus colaboradores a tutearlo. Previamente, sin embargo, les había advertido que, después de la segunda copa, ninguna promesa debía ser tomada al pie de la letra. Así, siguió siendo siempre el señor Puga.

Después de su muerte en 1979, mi madre se dio a la tarea de recopilar los "Vuelamáquinas" con la idea de publicarlos en algún

momento. Yo le ayudé a clasificarlos y a hacer la selección de los que más nos gustaban. Por aquella época, Humberto Mayans, que fue mi compañero en la facultad, fue nombrado delegado en Venustiano Carranza y nos comentó que en breve inauguraría la Casa de Cultura Enrique Ramírez y Ramírez en honor del que fue director del periódico El Día. Mayans buscaba trabajos de periodistas para integrar una colección de libros que conmemorara la ocasión. Era la oportunidad de los "Vuelamáquinas": la Delegación hizo una edición bien cuidada de un pequeño volumen que nos ha acompañado desde entonces. En la presentación me referí a su estilo periodístico con un párrafo que aún suscribo: "...nunca pretendió ser un erudito ni un moralista: hablaba de lo que él co-nocía y amaba, la pintura, los escritores clásicos, el paisaje mexicano y la buena cocina. Es el suyo, un estilo periodístico amable y suave que desaparece con celeridad cediendo terreno a los artículos solemnes y los editoriales especializados".

En cambio permaneció inédita su biografía de Joaquín Fernández de Lizardi a la que dedicó muchas horas de investigación y redacción cuidadosa. Hay en los archivos que ahora he empezado a rescatar, diferentes versiones del libro: una completa mecanografiada la tiene Gabriel, que ha empezado a copiarla en la computadora. Hay otras, con observaciones a mano, con notas bibliográficas, con apuntes dispersos en hojas recortadas, que tal vez correspondan a fases sucesivas de una búsqueda que a papá le debe haber producido una íntima y profunda satisfacción, porque le dedicó años de trabajo silencioso.

Papá nació en Guaymas por casualidad, porque la familia era de Mazatlán y sólo estaba temporalmente en el puerto. Juan Puga, mi abuelo paterno, que también fue periodista, era un jacobino amante de la libertad. De su pensamiento político tengo un testimonio invaluable: una "alocución" en defensa de la democracia pronunciada en 1909, durante la sesión del Club de Obreros de la Democracia en Mazatlán. Su vocación política le traería problemas. Poco después del nacimiento de mi papá, Juan Puga tuvo que huir por culpa de

algún editorial periodístico contra Huerta y estuvo una temporada encarcelado en Guatemala, que entonces vivía la dictadura de Estrada Cabrera. Creo que eso obligó a la familia a salir de Mazatlán. Mi tía Marianita se acordaba del larguísimo viaje a Tampico para regresar de ahí a Guadalajara, porque no había transporte directo desde Mazatlán a esa ciudad. Años más tarde se mudaron a la ciudad de México, donde encontraron una casa muy amplia en una vecindad de las calles de Danubio.

A Papá no le gustaba hablar mucho de su infancia y menos de su adolescencia, que al parecer fue un tanto disipada y turbulenta. Lo poco que sé es que el abuelo, enfadado porque había reprobado el bachillerato, lo envió a trabajar con el práctico del puerto en Mazatlán. Allí estuvo algunos meses haciendo mediciones, ganando experiencia y adquiriendo aquel amor que nunca perdió por el mar. Todavía ahora puedo verlo sentado en la playa, con la mirada perdida en el ir y venir de las olas, o caminando despacio sobre la arena. “La playa amena”, decía, mientras recogía algún caracolito, seguía en su ruta desigual a un cangrejo o añadía un apunte a su inseparable block de dibujo.

La mamá de mi papá, mi abuela Vicky, siempre fue viejita. Ahora que saco la cuenta me imagino que no era tan anciana, pero desde que yo me acuerdo tuvo el pelo blanco y vistió de negro. Era una mujer muy dulce y muy triste que había visto morir a su hijo mayor y a su marido con diferencia de horas. Samuel había llegado con pulmonía a visitar a la familia y había muerto en el cuarto contiguo a aquél en que su padre agonizaba. Dejó tras de sí a sus dos hijas Elena y Ema, morenas y atractivas, que crecieron en la casa de Danubio, en la que también vivían mi tía Marianita con Rosendo, su marido, y la Gorda, la hermana mayor de mi padre, una solterona fea y sin gracia que se ocupaba de las tareas caseras y a la que mi abuela se refería como “una buena mujer”. Vicky tejía maravillosas carpetas de hilaza mientras se mecía suavemente en su silla y sólo nos acariciaba brevemente cuando íbamos de visita los domingos.

A esas reuniones llegaban también Elenita y Celso, tíos afectuosos con hijos mucho mayores que nosotros. De nuestra misma edad era Toño, el primo que llegó por el río como Moisés, porque Marianita lo adoptó después de una inundación en Tampico que dejó a muchos niños huérfanos. Toño fue un amigo entrañable para mi hermano Juan y todos disfrutábamos los fines de semana en que venía con nosotros a dormir a la casa.

Jorge, el hermano menor de mi papá, que era un dibujante ta-lentoso, murió muy joven. Papá fue por él a Guadalajara, adonde había ido de visita, y se lo trajo a México ya muy grave. En mi memoria asocio su muerte con la de Pedro Infante, que ocurrió por las mismas fechas y que causó un gran impacto en la familia de papá. Después de la muerte de Jorge, su esposa la Mona se pe-leó con mi abuela y nunca volvió a la casa. Quien hasta la fecha sabe de ella es Gloria, la hija de Elena (y por tanto nuestra prima hermana), que es quien mantiene la relación con los pocos miembros que quedan de la familia paterna.

Tengo algunas fotos con toda la familia, antes de la muerte de Jorge, en la casa de Danubio, que era un gran departamento de cin-co recámaras en un edificio de tres pisos, con un largo patio la-teral. Recuerdo las tardes aburridas en que nos entreteníamos jugando en el corredor con macetas en el segundo piso, mientras veíamos a otros niños que patinaban o saltaban la reata en el patio de abajo. Más adelante, sobre el Paseo de la Reforma que se veía también desde el corredor, empezaban a construir el Hotel Ma-ría Isabel y la Embajada de Estados Unidos. En algún momento, las rentas del edificio de Danubio se “congelaron” y el dueño dejó de ocuparse del mantenimiento. Después, empezó a convencer a los inquilinos para que se fueran: se decía que las ofertas económicas eran generosas y luego de la muerte de Mamá Vicky, de Rosendo y de la Gorda, Marianita finalmente aceptó el ofrecimiento y dejó el departamento. Fue de las últimas inquilinas en salirse: detrás de ella, como habían hecho con los otros inquilinos, manos mis-teriosas

tapiaron las ventanas y clavaron las puertas para evitar que alguien volviera a entrar. Después empezó la demolición. El solar de los dos viejos edificios está ahora ocupado por el horrendo galerón donde se realiza el trámite para obtener la visa para viajar a Estados Unidos.

El verdadero nombre de mi abuela era Ubaldina y era de un rancho en Sinaloa que se llamaba Zavala, en la provincia de Concordia. Me imagino que el padre habrá sido un campesino inmigrante de Italia (Capacetta). En la única foto que conservamos de él aparece como un hombre joven y hermoso con pelo y barbas de tono claro, seguramente castaño. La esposa, Bárbara, era notablemente bella. Decían que también Ubaldina había sido muy bonita de joven. Mi abuelo Juan Puga, en cambio, era un hombre moreno y tosco, con acusados rasgos indígenas. Fue también periodista, del grupo fundador de El Informador de Guadalajara y hombre bueno y generoso. En la casa siempre había al menos un niño adicional al que el abuelo había integrado a la familia como suyo.

Papá había heredado ese amor a la familia que expresaba con arranques de entusiasmo, como cuando nos subía a todos al viejo Mercury para dar un “pacheo, pacheo” que culminaba en La abeja, una heladería en la calzada de Tlalpan, donde comíamos bana-na splits, “paricutines” y otras especialidades del lugar, o cuando nos dibujaba largas historias de aventuras en un barco en el que todos viajábamos y al que habíamos bautizado como el Ned Land, en homenaje al contramaestre de Veinte mil leguas de viaje submarino. Lector empedernido, mi padre tenía, para cada ocasión, la frase literaria que después se convertía en rutina familiar. No puedo ver un cocodrilo sin evocar el verso de Santos Chocano (Enorme tronco que arrastró la ola/yace el caimán varado en la ribera/espinazo de abrupta cordillera/fauces de abismo y formidable cola), ni separar los frescos de Diego Rivera de los caballos de los conquistadores del poeta peruano. En la sobremesa papá recitaba a Machado y a Rubén Darío y nos sometía a una avalancha de preguntas difíciles (“toritos”) que debíamos responder para no ser tachados de “brutos,

como el señor don Sisebuto..." Los toritos incluían trabalenguas, episodios de historia de México, personajes de novelas de Salgari, Verne o Conan Doyle, autores españoles y mexicanos, fragmentos de poemas o conocimientos generales. A ellos se añadían las frases familiares que se amontonaban para conformar el catecismo paterno: "Se me hace panzón San Lucas...", decía mi padre, "y flaca la dolorosa", contestábamos a coro, muertos de risa. O, cuando íbamos por la carretera: "Este puente se hizo en Lagos"... "y se pasa por arriba", era la respuesta. Su frase proverbial, compendio de su humor ácido y su gusto por la vida, era aquella de "Más vale ser rico, bueno y sano... que pobre y dado a la trampa".

Papá alternaba esos momentos de diversión con arranques de furioso mal humor: episodios aterradores para los chicos que sabíamos reconocer el ceño fruncido o el suave resoplido, para conducirnos con silenciosa precaución, procurando no caer en alguna falta que hiciera aflorar su temperamento italiano y nos obligara a retirarnos a nuestros cuartos severamente regañados, o que nos pusiera en medio de una de esas impresionantes batallas verbales que tenía con mamá. Generalmente esos arranques se reducían a argumentos y gritos, pero en ocasiones incluían portazos y, al menos una vez, un golpe con el dorso de la mano que partió en dos la mesa del comedor. Para nuestra desgracia, algunos de estos episodios coincidían con la salida de vacaciones, en la que mi padre no aceptaba ningún retardo. A las seis de la mañana, con todos arriba del auto y las maletas en la cajuela, mamá perdía su bolsa o recordaba que había dejado la valija de los trajes de baño. Eso desencadenaba la furia paterna y la primera mitad del viaje transcurría generalmente en un azorado silencio, sólo interrumpido por la respiración intensa de mi padre, hasta que la belleza del paisaje se le metía lentamente en el alma y le devolvía la tranquilidad. Hasta entonces empezábamos a gozar verdaderamente las vacaciones.

MAMÁ

Nunca podré olvidar la impresión que mamá me produjo cuando llegamos de Inglaterra en 1979. Papá había muerto apenas tres meses antes y mamá parecía haber envejecido veinte años de golpe. Su cutis había perdido el tono rosado que siempre fue su belleza y bajo sus ojos había profundas ojeras negras. Estaba delgada y temblorosa. Había estado casada con papá durante treinta y dos años, y eso desde que ella tenía diecinueve. Lo quería con un amor asentado en el respeto y la admiración. Papá era su maestro, su orientación y su fortaleza. Aunque había desarrollado una actividad profesional y era una mujer inteligente y cultivada, mamá no estaba acostumbrada a tener opiniones propias y sus decisiones las había tomado siempre con el consejo de papá o a costa de discusiones y regateos con él. Después de su muerte, a pesar de que inició una nueva etapa como periodista y como profesional, en la que tuvo amigos y satisfacciones, a pesar de sus hijos y de sus nietos, nunca dejó de sentirse sola. Con mi padre se murió una parte de ella que nunca pudo recuperar. De repente, entre sus cosas me encuentro fragmentos escritos con su letra apresurada en los que reclama a papá haberla abandonado y trata de explicarle el vacío enorme que le ha dejado su ausencia.

Y sin embargo, mamá se comportó con extraordinaria fortaleza después de la muerte de papá. Dos días después se presentó a trabajar en el periódico, donde hacía el suplemento infantil cada semana, y a los pocos meses se hizo cargo del suplemento femenino del Diario de la Tarde. Llenó la ausencia con trabajo y responsabilidades y reclamó un respeto para su desempeño profesional. Entre las cosas que me he traído de la casa está una caja llena de ejemplares de Mi Periodiquito y del suplemento: testimonios de una labor concienzuda e imaginativa. Guardo para mis nietos, si es que llego a tenerlos, una colección de revistas de Aeroméxico, en las que mamá hacía la página infantil para entretener a los peque-

ños viajeros durante el vuelo. Lo que más me gusta, sin embargo, es la colección de las innumerables reseñas de libros que, todavía en vida de papá, hizo para su columna en el Diario de la Tarde: “La aventura de leer”, en las que lo mismo revisaba libros de reciente aparición que recomendaba aquellas lecturas entrañables para toda la familia: Los hermanos Gyurkovicz, Los tres Dumas, El día de los trífidos, Doña Bárbara.

Un nuevo golpe vino cuando cerraron el diario y, a los pocos meses, Mi periodiquito, por falta de presupuesto del Novedades, que atravesaba por una mala racha. Mamá trabajó un tiempo en el departamento editorial de la Facultad de Ingeniería, dio clases de redacción en la Universidad Anáhuac y, cuando no pudo seguir por falta de un título profesional, ingresó como correctora de estilo en el Instituto Mora, donde trabajaría hasta unos meses antes de su muerte. Realizó su tarea con la misma devoción y seriedad que dedicó a sus tareas anteriores. Sus cuadernos están llenos de notas sobre recursos de corrección y de fragmentos manus-critos de los libros que corregía. Las obras de Riva Palacio, que corrigió para la edición comentada que publicó el Instituto, le produjeron un enorme placer y con frecuencia copiaba párrafos completos de lo que le entusiasmaba.

Nunca le gustó estar sola y a menudo nos reclamaba el abandono en que sentía que la dejábamos —a pesar de que todos sus hijos estábamos siempre pendientes de ella—, pero en la soledad era imaginativa y creadora. Dejó muchas páginas escritas con fragmentos de novelas, reflexiones sobre la vida, apuntes sobre sus lecturas, recuerdos de papá, pero no lo hacía con mucho sistema: sus páginas están garrapateadas, escritas con apresuramiento, como si se le hubieran ocurrido las cosas y las hubiera registrado en cualquier cuaderno, en una hoja arrancada de block, en la parte trasera de un sobre, junto con el nombre de la medicina del gato o el teléfono del carpintero, para que no se le olvidara la idea que seguramente pensaba utilizar más tarde en una obra que nunca se decidió a

escribir. Hay una telenovela escrita a mano, sin terminar, y muchas notas sobre lo que seguramente sería una historia de la infancia de Mamá Lucha, que en los apuntes se llama Consuelo.

Mamá nunca olvidó su feliz paso por la preparatoria. Disfrutó a sus maestros (fue alumna, entre otros, de Erasmo Castellanos Quin-to, de José Romano Muñoz y de Felipe López Rosado) y a sus compañeros: era muy bonita, muy alegre y siempre estaba rodeada de amigos. Hay muchas fotos de ella con su grupo, sentados en la fuente del viejo edificio de San Ildefonso, paseando en bicicleta por Chapultepec, caminando por las calles del centro. Al final de la preparatoria estudió un año de derecho en la escuela de Leyes y, durante ese mismo año, sus amigos (Álvaro González Mariscal, Mauricio Ocampo y Gonzalo Andrade) la convencieron para ingresar con ellos a la redacción de una revista nueva que estaba dispuesta a contratar reporteros jóvenes. En el Nosotros hizo sus primeras armas como reportera y, de paso, conoció a mi padre, once años mayor que ella y, para desencanto de todos sus pretendientes, se casó con él a los pocos meses.

Una década más tarde, con tres niños y en espera del cuarto, se incorporó al equipo del Magazine de Novedades, que dirigió papá durante nueve o diez años. Ello dio lugar a un repetido drama familiar: los domingos mamá revisaba los paquetes de fotos de agencias de noticias que le traía mi padre y empezaba la recopilación de notas para escribir el artículo semanal. Había que llevar a los hijos a la escuela y recogerlos, hacer comida, comprar víveres. Mamá no encontraba el tiempo para iniciar la redacción del escrito que debía ser entregado los sábados. La tensión crecía conforme se acercaba el fin de semana y estallaba el viernes por la tarde en que mamá se encerraba frente a la máquina de escribir —una Torpedo de acero azulado que aún conservo y que sirvió a mis dos padres para llenar cientos y cientos de cuartillas— y tecleaba hasta obtener el resultado, cerca de la medianoche, cuando salía agotada pero triunfante, con un artículo risueño y ligero sobre

los amores de la princesa Margarita, el matrimonio de Rainiero y Grace Kelly, el rocanrol de los sesenta o la personalidad de John y Jackie. Algunas semanas tenía tiempo para lanzarse a la calle con un fotógrafo y regresar con material para un buen reportaje sobre los comienzos del teatro mexicano, las excentricidades del Lo-co Valdés o la mejor manera de hacer tamales oaxaqueños. Todos los temas eran válidos en una época en que la política estaba en un segundo plano y el público buscaba la lectura fácil y la ilustración atractiva.

Uno de los recuerdos más dulces de mi madre es el de la primera mañana en la casa de San Ángel. Debe haber sido 1955. A eso de las seis y media, mamá me despertó y me hizo señas de que la siguiera. Era mayo y el día era tibio. Afuera, un concierto de pájaros saludaba la salida del sol. Juntas, mientras mis hermanos dormían, estuvimos escuchando desde la ventana aquel trinar inesperado que para nosotras, que veníamos del ruido urbano de San Pedro de los Pinos, constituía un gozo inefable. Muchas veces, después de esa, compartí con ella algún momento especial: el nacimiento de los gatitos de Monalisa dentro de mi clóset, el amanecer en Veracruz, los fascinantes movimientos de mis hijos en sus primeros meses; la Novena de Beethoven en la sala de concierto. Sin embargo, sigo recordando aquella mañana en que, descalza, fui partícipe de su felicidad. Años más tarde comprendí lo que para ella, tanto tiempo errante, había significado tener una casa propia. Toda su energía, su creatividad, sus ingresos, serían invertidos los años siguientes en la mejora, remodelación y embellecimiento de esa casa que ya nunca abandonó hasta su muerte.

LA CASA DE REYNA

Originalmente, la casa era de un solo piso. La cocina era pequeña y oscura, con un pequeño cuarto del lado del jardín en el que desayunábamos sobre una mesa de madera pintada de verde claro. Las

recámaras estaban alineadas en el fondo, como un chorizo: pa-rra entrar a cualquiera había que pasar por la de Juan, que dormía en la del centro. Del lado izquierdo estaban mis padres y, un poco más tarde, Raúl, recién nacido; del derecho, Beti y yo, que teníamos ventana al jardín y un bello clóset de cedro que mamá había mandado hacer con un carpintero yucateco. En el extremo de nuestra recámara había una bodega fría y oscura que fue luego transformada en un baño con mosaicos azules y una tina en la que Mamatita vertía esencia de rosas cuando nos bañábamos y nos enjuagaba el pelo con vinagre.

A lo largo de los años mamá tiró el muro del desayunador y amplió la cocina que, con su gran mesa de pino, se convirtió en el obligado centro de reunión de toda la familia. Ahí cenábamos “tostisándwiches” preparados en una prensa sobre la estufa o las gorditas con nata que eran la especialidad de Aurelia. Los domingos, mi padre abría latas de mejillones y preparaba Bloody Marys, mientras mamá colocaba en el horno una enorme cabrilla comprada en la mañana al pescadero del mercado de San Ángel.

Luego, mamá decidió construir el piso de arriba para que cada quien tuviera su recámara y su baño. Fueron muchos años de alba-ñiles y ladrillos. La obra se suspendía cuando a mis padres se les acababa el dinero y se reiniciaba algunos meses después. Primero Juan y Raúl se cambiaron a su nuevo cuarto en el piso de arriba. Más tarde todos nos mudamos arriba, y la zona de las recámaras anteriores se convirtió en el estudio, con los libreros que habían sido de Carlos Mora y que papá había heredado cuando Carlos se fue a vivir a Cuba, entusiasmado por los avances de la Revolución. Cuarto mágico donde todos hicimos tareas y descubrimos nuestras preferencias literarias antes de que la televisión se apoderara de él lentamente. La sala y el comedor se fueron enriqueciendo con muebles finos y con las antigüedades de Pupo Alfaro. Arriba del espejo que se extendía en una de las paredes del comedor, mamá colgó una colección de platos alemanes con imágenes de aves de caza que le había comprado a un anticuario amigo de mi papá, al

cual visitábamos en un departamento de la avenida Cuauhtémoc, de donde siempre salían mis padres con alguna nueva chuchería.

Cuando menos dos veces la casa fue objeto de atención de todos los vecinos: una, cuando un reportero del Diario, que acababa de abrir un café bohemio, decidió llevarle a mi padre una serenata con la Estudiantina de Guanajuato, que había venido a la inauguración. Me acuerdo de los veinte o treinta jóvenes músicos con sus capas en la calle empedrada y los apuros de mi madre que no sabía si debería invitarlos a todos a tomar café a las cuatro de la mañana. La segunda vez fue cuando mi padre hizo un gran reportaje para el Magazine sobre la nueva fiebre del rocanrol y, para ilustrarlo, invitó a un conjunto de rock completo, con guitarras eléctricas, batería y hasta algunas “groupies” a tocar en el jardín de la casa. Todos nuestros amigos adolescentes estuvieron en la sesión de fotografías y la emoción, incluido el pasajero amor por el cantante del grupo, nos duró varias semanas.

El jardín era el lugar de las fiestas familiares. Las reuniones congregaban a parientes y amigos de mis padres que asaban carne en el hornito de ladrillo, daban vuelta a la manivela para hacer helado de naranja, cantaban tangos y, por la noche, oían los discos en que Rafael Acevedo recitaba a León Felipe. La abuela participaba discretamente de aquellas fiestas y se iba a dormir temprano. Nosotros, después de la comida, nos refugiábamos en la tele o nos escapábamos a la casa de los Mateos, del otro lado de la calle, donde las tardes de los fines de semana se organizaban estupendas sesiones de guerras y “patada bote” con todos los primos de nuestros vecinos. Desde que tenía cinco o seis años, Juan tocaba, y muy bien, la guitarra. Con frecuencia los muchachos de la cuadra venían por él y se lo llevaban como mascota a los ensayos de los grupos de rock locales. Eso daría lugar después a profundos y no resueltos conflictos con mi padre, que nunca pudo comprender la doble vocación de su hijo que, con talento de artista gráfico, sentía un impulso irresistible hacia la música.

Las navidades en la casa comenzaban dos o tres semanas antes. Era una costumbre, derivada del régimen político autoritario y patrimonialista, que los altos funcionarios enviaran regalos a los periodistas en el fin de año. Desde que empezó a ser director del Diario de la Tarde, mi padre fue incluido en la lista anual de regalos, de lo cual él se enteró una tarde que por casualidad había sacado su Biblia para leernos las bienaventuranzas. Papá no era un hombre religioso, pero era un buen conocedor de las escrituras. Aquella vez el tema debe haber surgido durante la comida y, al final, él buscó entre las páginas: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los Cielos” —comenzó. La campana de la puerta sonó insistentemente mientras él seguía con su lectura—: “Bienaventurados los que sufren, porque ellos serán consolados...” La abuela entró precipitadamente al estudio: “Raúl, Raúl, ¡hay una canasta enorme!” Interrumpidas las bienaventuranzas todos corrimos para ver la hermosa canasta en la que descansaban, perfectamente acomodadas, varias botellas de whisky inglés, ron antillano, vino francés y cremas de Marie Brizard. Había además una caja redonda de marrón glacé, varios paquetes de turrón de Alicante, un frasco de duraznos en almíbar, latas de sardinas, salmón y ostiones ahumados y cerros de chocolates rodeando el espléndido regalo. Lo enviaba algún secretario de Estado, probablemente el de Gobernación, con una tarjeta de felicitación para mi padre. Ése fue el comienzo. Después llegaron más regalos: un casimir, un centro de mesa, un libro de pintura, un jamón ahumado. Así se inició en la casa una gozosa tradición: los primeros días de diciembre de cada año, papá abría la Biblia en la página de las bienaventuranzas y la colocaba solemnemente sobre una mesa en el estudio. Un día después empezaban a fluir los regalos. Inconscientes de las dudas éticas que sin duda acosaban a mi padre, cuya probidad era ejemplar entre el gremio periodístico, los hijos disfrutábamos del sonido de la campana que anunciaba cada vez alguna nueva sorpresa. Recuerdo entre algunos de los regalos que llegaron a lo largo de los años, la vajilla azul de Valle de Bravo

y las colchas de manta bordada que envió Carlos Hank González, entonces gobernador del Estado de México, en dos sucesivas navidades; las esculturas de vidrio que mandaba Pedro Ramírez Vázquez, diseñadas por él mismo y, en alguna ocasión, la llegada de una blanca y magnífica canasta presidencial que dejó atónitos a Ona y Bernie Spidell, mis amigos canadienses, quienes pasaban ese año la Navidad con nosotros.

Las navidades eran además una época de visitas. Recuerdo haber tenido siempre un huésped en Navidad y Año Nuevo. Es tiempo de huérfanos, decía mi mamá, que abría las puertas a Juanito Calleja, nuestro compañero de la infancia, flaco, hambriento y, efectivamente, huérfano, criado con apreturas por un matrimonio de alemanes que lo habían recogido tras la muerte de la mamá; a Dámaso, mi compañero de primaria que se fue a vivir a Chihuahua y regresó años después a estudiar al Politécnico, pero que no tenía dinero para visitar a su familia en diciembre; a todos los amigos de mi padre (Rafael Arenas con toda la familia, Pepe Dávila, Fernando Mora), que llegaban desde temprano a darnos el abrazo y se retiraban poco antes de la cena; a Beka y sus hermanos, que tocaban la campana cuando ya estábamos apagando las luces para irnos a dormir y nos obligaban a recomenzar la fiesta; a Fausto Castillo y Gloria, que llegaban el 25 con el ragú preparado y ya encontraban el agua hirviendo para poner a cocer el espagueti. Fuera de Navidad, pero con el mismo espíritu de puertas abiertas, mi madre extendía su mesa a nuestros invitados: a los compañeros de primaria de Raúl, que se iban convencidos de haber comido bisteces de búfalo y huevos de avestruz; a mis compañeros actores y músicos de la Facultad de Filosofía; a un escritor brasileño que vino con ellos, que era vegetariano y se acabó él solo un plato de mermelada, y que unos días más tarde secuestró un avión y se lo llevó a Cuba; a los condiscípulos de Beti, que estudiaban matemáticas y se llevaban subrepticamente bajo el brazo las novelas de Sherlock Holmes. Durante el movimiento estudiantil en 1968, la casa fue taller de carteles, sitio de reuniones

y refugio de perseguidos. Después, durante meses, mi madre envió una olla semanal de comida a nuestros amigos presos en Lecumberri.

Los tiempos se me confunden. Fueron muchos años y tiendo a recordar las navidades más cercanas en que también llegaban el primo Alejandro con Anita y las niñas, los hermanos Bulnes, Ricardo Peltier, Matilde y Gerardo. Hay fotos de todas esas fiestas que se enciman unas con otras y hablan de tiempos idos en que las familias de clase media organizaban reuniones numerosas y frecuentes. La época en que la risa generosa de Manuel Orona era parte de la fiesta, Juan con Claudia, Ona Spidell vestida de largo, con Bernie y los dos niños, Kip y Scott; David con barba, sin barba, con bigotes: mis hijos en distintas edades; luego Beti con Víctor y Citlalín, cada vez más presentes. Papá en la cocina mientras mamá trincha el enorme pavo (también llegado en alguna canasta) y en el tocadisco la música de chotis, obligada en las fiestas familiares. La foto de todos para enviársela a Juan, que vivía en Los Ángeles y al que dejamos de ver muchos años. Recuerdo, antes de su partida, el año de la muerte de papá, cuando cenamos sándwiches y armamos rompecabezas para estar juntos y soportar ese vacío enorme que las navidades siguientes fuimos superando, en buena medida gracias al entusiasmo y la entereza de mi madre y mi abuela que preparaban la cena y adornaban la casa para nuestra visita. Y, desde luego, los otros habitantes de la casa: el Express, amigo de la adolescencia de Raúl, con su cara chata de bóxer, y la enorme y desgarbada Sally, que llegó perdida y parecía sacada de las páginas de El Príncipe Valiente. Los gatos que se sucedían en generaciones nacidas en el clóset de mi recámara y que eran bautizados con nombres literarios o extravagantes: Monalisa, Penélope, Cordelia, Lázaro, Kené.

La memoria es selectiva. Guarda recuerdos e impresiones gratas y borra los malos momentos, los conflictos, las inevitables crisis familiares, que finalmente eran parte del proceso de crecimiento de todos nosotros y de nuestra construcción como individuos con personalidades distintas e intereses divergentes. La casa se podía

convertir, a ratos, en una prisión de la que era indispensable escapar para crecer y afirmarse frente al mundo. Pero al final solíamos volver a su ambiente acogedor y generoso, a sus rutinas familiares, a sus momentos de encuentro y convivencia.

Hoy es tiempo de ceder la casa a nuevos dueños. Ellos probablemente la convertirán a su gusto: tirarán muros, abrirán ventanas, reasignarán espacios. La casa que alguna vez fue el resumen de la vida de una familia es hoy una construcción vacía en espera de ser reanimada con nueva vitalidad y emociones. Sólo queda esperar que quienes la habiten encuentren en ella el mismo espacio amable que nos acogió a nosotros y agreguen nuevas historias a su itinerario familiar.